

Clase y género en el movimiento obrero vizcaíno del primer tercio del XX. Virginia González y Dolores Ibárruri

Virginia González eta Dolores Ibárruri. Klasea eta generoa XX. mendearen lehenengo hereneko Bizkaiko langile-mugimenduan

Virginia González and Dolores Ibárruri: Class and Gender in the Basque Labour Movement of the First Third of the 20th Century

Sara Hidalgo García de Orellán*

RESUMEN LABURPENA ABSTRACT

El objetivo de este artículo es mostrar la contribución de dos mujeres a la cuestión femenina dentro del movimiento obrero: Virginia González, socialista, y Dolores Ibárruri, comunista. Para ello, nos centraremos en el primer tercio del siglo XX, mostrando primero cuál era la situación de la mujer dentro del movimiento obrero, y realizando después un recorrido por algunas de las aportaciones más importantes de ambas mujeres, centrándonos en la cuestión de la maternidad, el matrimonio y el trabajo.

Langile-mugimenduaren barruan emakumezkoen gaiari dagokionez bi emakume egindako ekarpena erakustea da artikulu honen helburua: Virginia González, sozialista, eta Dolores Ibárruri, komunista. Horretarako, XX. mendearen lehenengo herena hartuko dugu ardatz, lehenik emakumeak langile-mugimenduaren barruan zuen egoera zein zen erakutsiz, eta ondoren bi emakumeek egindako ekarpen garrantzitsuenen errepasoa eginez, amatasuna, ezkontza eta lana gai nagusitzat hartuta.

The aim of this article is to show the contribution of the socialist Virginia González and the communist Dolores Ibárruri to the women issue inside the working class movement. We will focus on the first third of the twentieth century. Firstly we will show how the woman was considered for the working class movement at that time; secondly we will show proposal of these two women in topics like motherhood, marriage and work.

PALABRAS CLAVE GAKO-HITZAK KEY WORDS

Mujer, trabajo, movimiento obrero vizcaíno, Virginia González, Dolores Ibárruri. *Emakumea, lana, Bizkaiko langile-mugimendua, Virginia González, Dolores Ibárruri.*

Woman, work, working class movement in Biscay, Virginia González, Dolores Ibárruri

*Universidad del País Vasco
(UPV/EHU)
sara.hidalgo@ehu.eus

Fecha de recepción/Harrera data: 02-03-2023

Fecha de aceptación/Onartze data: 01-06-2023

“Pobres mujeres encorvadas, tirando (...) de la gabarra cargada. De cuerpos escualidos, de caras arrugadas, pálidas, demacradas, envejecidas prematuramente, las cargueras, más que seres vivos, parecen símbolos de la miseria. (...) Con el pelo enmarañado y sucia la cara y las manos, y hasta las pantorrillas, mal cubiertas por los girones del pingo con pretensiones de falda, que llevan pendiente de la cintura. ¡Cómo han de ir limpias siendo tan grosera su ocupación!”¹. Esta descripción pertenece al especial del 1º de mayo de 1905 del semanario socialista *La Lucha de Clases*, probablemente uno de los ejemplares más vendidos del año, por lo que constituye toda una declaración de intenciones de la postura de este partido sobre el trabajo femenino. Y no era este un asunto menor en ese momento para el movimiento obrero, toda vez que las cuestiones en torno a lo social revestían una importante dimensión de género. Tal y como afirma la historiadora Mercedes Arbaiza, la cuestión social se convirtió en una “cuestión de género”, pues se quería que la mujer fuera la garante de la moralidad familiar y del obrero, que fuera su conducta la que moraliza al obrero al que se asociaba, desde instancias liberales, con lo animal, irracional, bárbaro, inmoral, o alcohólico². Todo ello tenía importantes implicaciones para las mujeres, pues se problematizaba su trabajo extradoméstico y se señalaba a aquellas que lo desempeñaban, tachándolas incluso de prostitutas. Todo ello se enmarca en el difícil y problemático encaje que la cuestión de género tuvo dentro del movimiento obrero desde su fundación, y donde algunas pocas mujeres se posicionaron, como veremos más adelante, como fue el caso de Virginia González desde la bancada socialista y Dolores Ibárruri desde la comunista.

1. LA CLASE Y EL GÉNERO, UN MARIDAJE DIFÍCIL PARA EL MOVIMIENTO OBRERO

El asentamiento del liberalismo y la revolución industrial supusieron toda una redefinición de las relaciones de género. El liberalismo promulgaba el ideal del ángel del hogar, según el cual la mujer tendría en este espacio su *templo*, su lugar de realización donde podría llevar a cabo la misión fundamental de su vida, que el liberalismo entendía que era la procreación y el cuidado del hogar. En contraposición el hombre se consagraría como *ganador de pan*, su trabajo se desarrollaría en el espacio público y su misión sería la de mantener a su familia. Se naturalizó así la “división sexual del trabajo”, en palabras de la historiadora Joan Scott³, sustentada en gran medida en una ciencia médica que usaba argumentos científicos, sobre todo los relacionados con la salud, la ma-

1 *La Lucha de Clases*, 1 -5- 1905.

2 Arbaiza Vilallonga, Mercedes: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)” *Historia Contemporánea*, 21, (2000).

3 Scott, Joan, “Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera” *Historia Social*, 4 (1989), pp. 81-98.

ternidad y la higiene, para apartar a la mujer de sus puestos de trabajo⁴. Un claro ejemplo de cómo esta corriente de pensamiento fue asentándose en España nos lo da el memorándum de la Comisión de Reformas Sociales (1884), la primera vez que se abordó desde las instituciones la situación de las clases trabajadoras. En esta comisión parlamentaria, además de participar reformadores sociales, observadores sociales o representantes del movimiento obrero, también lo hicieron médicos e higienistas, quienes dejaron su impronta sobre cómo debía abordarse la cuestión del trabajo femenino. Así, el médico Alejandro San Martín subrayó “la incompatibilidad natural que existe entre los cuidados del hogar y el trabajo productivo de toda madre de familia⁵”. El discurso moral subyacente a estos planteamientos no era baladí y atacaba directamente la línea de flotación de la masculinidad del momento, pues aquel hombre que no pudiera mantener ese modelo –y eran muchos, sobre todo obreros– sería señalado en su masculinidad y en su moralidad. Por ello, el socialismo, en su proceso de creación de una identidad política dignificada, asumió parcialmente este discurso, pues veía que la masculinidad de sus bases era puesta en entredicho al no poder éstas adecuarse a este ideal, dado que los salarios no alcanzaban para asegurar la supervivencia del núcleo familiar, como ha demostrado Pilar Pérez-Fuentes para el caso vizcaíno⁶. En cualquier caso, la cultura obrera y socialista estuvo desde sus inicios muy entroncada en una identidad masculina, y por ello no sorprende que el fundador y líder prominente del PSOE vizcaíno, Facundo Perezagua, afirmara en la Comisión de Reformas Sociales que “el trabajo de la mujer, como he dicho antes, es malo en todas las fábricas, porque hace aumentar las crisis y al mismo tiempo ocasiona su prostitución⁷”. No extraña, con estos mimbres, que el primer socialismo no supiera dar encaje a las mujeres dentro del movimiento.

Ahora bien, ello no fue óbice para que desde la fundación del primer internacionalismo hubiera voces que entraran a valorar esta realidad e hicieran sus propuestas. Una de las primeras, todavía encuadrada en el socialismo utópico, fue Flora Tristan, que ya en las primeras décadas del XIX se percató de la doble opresión que vivían las obreras, por su condición de trabajadoras y por pertenecer al sexo femenino, y propuso

4 Aresti, Nerea: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Leioa, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 230-233.

5 “El trabajo de las mujeres” en Castillo, Santiago: *Reformas Sociales. Información oral y escrita*, Tomo I. Madrid, Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985, p. 150.

6 De hecho, para esta autora, “la figura del “ganador de pan” correspondía más a una categorización social que desde el punto de vista de la aportación de los recursos familiares” Pérez-Fuentes, Pilar: “*Ganadores de pan*” y “*amas de casa*”. *Otra mirada sobre la industrialización vasca*. Leioa, Universidad del País Vasco, 2004, p. 107.

7 Castillo, Santiago: *Reformas Sociales ...tomo I*, p. 182.

la educación como forma de emancipación. A medida que avanzaba el siglo y hacía su aparición el socialismo científico, hubo intentos por integrar a la mujer en la búsqueda de su emancipación –de hecho, en el Manifiesto Comunista se afirma que “son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del coste”- aunque la práctica solía estar más en sintonía con la cultura masculina del momento y, de hecho, ya a finales del XIX e inicios del XX, el movimiento obrero había asumido en gran medida el discurso de separación de sexos, espacios y tareas productivas. En este sentido, el historiador Geoff Eley subraya la dificultad que tuvo el socialismo para integrar el feminismo -una de sus “oportunidades perdidas”, según sus propias palabras- pues aunque en teoría era un ideario que abogaba por la radical igualdad sexual, al supeditar está a la transformación del estado, en la práctica los avances eran mínimos, pues la militancia a menudo tenía prejuicios sobre las mujeres, a las que asimilaba con lo atrasado o lo conservador, lo que llevó a una cultura “de masculinidad agresiva que no acogía bien a las mujeres” dentro del socialismo⁸.

El caso vizcaíno no fue ajeno a esta realidad, toda vez que su industrialización vino acompañada de un sólido movimiento obrero, de la mano del Partido Socialista en sus inicios, en que la cuestión de la mujer se debatió, se serpentó o sencillamente se ignoró. Diversas razones, tanto endógenas como exógenas, explican esta realidad. Entre las primeras, podemos apuntar a que el movimiento obrero en esta zona tuvo al principio un marcado carácter obrerista, toda vez que nació con la huelga minera de 1890, que hizo de este partido un partido de masas, y consagró al minero como icono socialista⁹. Con esta consagración de la cultura minera vinieron aparejadas una serie de atribuciones identitarias masculinizadas –el trabajo manual, el cuerpo masculino, la ingesta de alcohol o un estilo emocional rudo y temperamental-, que contribuyeron a que la cuestión femenina no tuviera apenas eco en los primeros años del socialismo vizcaíno. De hecho, en lo que hemos llamado *régimen emocional socialista rojo*, basamento emocional de este socialismo obrerista, la cuestión de la masculinidad obrera ocupa un importante papel¹⁰. La propia figura y representación corporal de su primer líder, Facundo Perezagua, contribuyeron a que los atributos que entonces se asociaban con lo masculino se

8 Eley, Geoff: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa. 1850-2000*. Crítica. Barcelona. 2003, pp. 102-103.

9 Fusi, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Turner, 1975; Miralles, Ricardo: “La gran huelga minera de 1890. En los orígenes del movimiento obrero en el País Vasco, *Historia Contemporánea*, 3, (1990); Llon, Miren: “Género e identidad de clase. La construcción de la clase obrera vizcaína durante el primer tercio del siglo XX” *Historia Social*, 54 (2006); Hidalgo García de Orellán, Sara: *Emociones obreras, política socialista. movimiento obrero vizcaíno, 1886-1915*, Madrid, Tecnos, 2018.

10 Hidalgo, *Emociones...*

asociaran también al militante socialista: “Su gesto aquilino y su mirada de sugestionador, con sus largas barbas apostólicas, negras, y su silencio huraño y meditativo (...) su gesto adusto y serio, orlado de largas barbas rasputinescas, que él impuso como moda entre los barrenadores mineros, que luego han sido modelos para la iconografía industrial y proletaria¹¹”. Una descripción que muestra no solo una representación corporal, sino también un estilo emocional muy alejado de lo que entonces se consideraba el “bello sexo”, y en el que, por tanto, la mujer tenía un difícil encaje. De hecho, las mujeres que ejercían trabajos que requerían una gran fuerza fueron a menudo estigmatizadas por este propio movimiento obrero, como fue el caso de las sirgueras, paradigma para el socialismo de la pobreza y explotación de las mujeres en el mundo laboral, llegando a referirse a su existencia como “es una vergüenza, (...) Mugrientos y llenos de harapos, amalgamados en repugnante promiscuidad¹²”, e incluso despojándoles de su condición femenina al referirse a ellas como “mujeres inmoralmente hombrunas¹³”. Hay que recordar que estas mujeres a menudo ingerían aguardiente para aguantar la dureza del trabajo, y solían frecuentar las tabernas de los muelles de carga, lo que constituía toda una trasgresión a los límites socialmente establecidos para una mujer¹⁴.

Es cierto que a medida que nos adentramos en el siglo XX, el movimiento obrero empezó a prestar más atención a la cuestión de las mujeres. Una evidencia de ello es la fundación de las agrupaciones femeninas socialista, a las que nos referiremos más adelante, y que fue posible precisamente por la irrupción de un ala socialista que pretendía ensanchar el significado de la clase e integrar en ella a grupos sociales más allá de los trabajadores manuales, entre los que se incluían las mujeres. En ello tuvo gran influencia Tomás Meabe, figura central en la renovación del socialismo vasco. Intelectual de clase media, había militado en el nacionalismo *aranista*, tenía una sólida formación y se mostraba sensible a temas que entonces se asociaban con el republicanismo y que podía generar empatía en ciertas clases medias progresistas. No es casualidad de hecho que fuera precisamente en ese momento cuando se produjera el acercamiento al republicanismo y que se fuera dando un viraje, en estos momentos sobre todo en el plano emocional –creación de empatía y confianza– hacia el esta cultura política, lo que se traduciría más tarde en el proyecto político de la conjunción republicano socialista de 1909¹⁵.

En el plano internacional la cuestión femenina fue un tema de debate dentro del internacionalismo. La pauta estratégica la marcó Engels con su

11 “Perezagua y el Primero de Mayo”. *El Liberal* 4 -5- 1935.

12 *La Lucha de Clases*, 5 -5- 1900.

13 *La Lucha de Clases*, 1 -5- 1897.

14 Hidalgo, Sara: *Emociones obreras...*pp.190-191.

15 Hidalgo García de Orellán, Sara: “The roots of the 1909 republican-socialist Alliance. Changes in the class emotional regime in Biscay”, *Revista de Estudios Sociales*, 62, 2017.

trabajo *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, publicado en 1884, donde afirmaba que la opresión de la mujer estaba ligada a la propiedad privada y el origen de la desigualdad sexual es social, de modo que la abolición de ambos significaría el fin de la desigualdad sexual. Este fue el planteamiento que triunfó, lo que condujo al constante aplazamiento de la cuestión de la mujer en aras de la emancipación social. La comunista alemana Clara Zetkin fue una de las mayores impulsoras de la organización de las mujeres dentro del movimiento obrero, llevando a cabo una ingente labor propagandística y educadora. Para ella los intereses de las mujeres irían en función de su clase social, de modo que los intereses de una mujer burguesa y de una obrera diferirían. Zetkin afirmaba que las mujeres proletarias estaban igual de explotadas que los hombres y que su subordinación estaría relacionada con la explotación capitalista, al tiempo que afirmaba que instituciones como la familia no eran posible entre las clases trabajadoras, pues todos sus miembros (varones, mujeres y niños), estarían explotados por la dinámica del capital. Eso sí, apoyaba el voto femenino como un modo más de lucha contra los partidos burgueses¹⁶. Uno de los momentos álgidos del debate entre clase y género se dio con la revolución bolchevique en 1917 y la creación de la Unión Soviética. Es cierto que las directrices dadas por Lenin fue que la emancipación de clase traería las demás emancipaciones, incluida la de las mujeres, pero también lo es que este país fue el primero en aprobar el derecho al aborto de las mujeres, o en nombrar a mujeres representantes diplomáticas (Alejandra Kollontai fue un caso paradigmático, siendo nombrada embajadora de Suecia en 1943), además de la conocida participación de mujeres soldados u oficiales del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial¹⁷. Por ello, a la altura de la Segunda República española, en 1931, aunque la cultura obrera todavía era manifiestamente masculina, se habían producido importantes avances en todo el Occidente, y también en el caso español.

A continuación, exponemos las aportaciones de dos mujeres que contribuyeron hondamente a resignificar la imagen de la mujer obrera y a otorgarle un nombre y un puesto en el movimiento obrero, a la vez que ellas mismas constituyeron todo un símbolo y un ejemplo de trasgresión de los roles de género dentro de sus respectivas culturas políticas: Virginia González y Dolores Ibárruri¹⁸.

16 Miguel, Ana de: "La articulación del feminismo y el socialismo. El conflicto clase-género", en Miguel, Ana de y Amorós, Celia (coords.): *Teoría feminista. De la Ilustración al Segundo Sexo*, Madrid, Minera, 2010, pp. 304-309.

17 Según la historiadora Anna Krilova, las configuraciones de género que se dieron durante la época estalinista de los años 30 tuvieron sus consecuencias en la subjetividad de las mujeres soviéticas que durante la II Guerra Mundial tomaron las armas. En las primeras semanas de la invasión nazi fueron decenas de miles las que se presentaron voluntarias, Krilova, Anna: *Soviet Women in Combat. A history of violence on the Eastern Front*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, pp. 23-27.

18 Advertimos que no se va a realizar una comparación entre ambas figuras, sino analizar

Virginia González Polo es una *rara avis* y uno de los pocos nombres propios del socialismo español de principios del siglo XX. Nacida en A Coruña en 1873, pronto se integró en el movimiento obrero dentro de su rama de oficios, los zapateros. Emigró a Bilbao, donde entró en contacto con el PSOE y la UGT, a quienes representó en diversos congresos. Gran oradora y prolija articulista en prensa obrera, denunció no solamente la situación de los obreros, sino, sobre todo, la de las obreras. Su valía le introdujo en los círculos de liderazgo, llegando a altos escalafones donde la presencia femenina era nula. De hecho, ella fue la primera y mujer que integró un comité revolucionario (durante la revolución de 1917), y se salvó de la cárcel porque la policía minusvaloró su presencia en el piso donde se escondía el comité y presupuso que estaba allí para tareas domésticas¹⁹. Ella además introdujo el debate sobre la cuestión femenina en el socialismo español, subrayando la doble opresión de la mujer obrera, por ser mujer y por ser obrera –“el hombre es esclavo del capital y la mujer, esclava del capital y del esclavo”, escribiría²⁰- y fundó las agrupaciones femeninas socialistas, uno de los aspectos más novedosos del socialismo español de principios de siglo. Precisamente la primera de todas fue la de Bilbao, situando a la Villa a la altura de 1904 en la vanguardia del movimiento obrero español.

González formaba parte del círculo de Tomás Meabe. Como se ha señalado, a principios de siglo la hegemonía del obrerismo y del *perezaguismo* era absoluta y esta corriente no era apenas sensible a la cuestión de la integración de las mujeres en la lucha política²¹. Por ello, con la incorporación de Meabe en 1902, se inició el proceso de renovación del partido en el cual se sitúa la fundación de las agrupaciones femeninas socialistas. El 12 de julio de 1904 Virginia González, acompañada de más de 150 mujeres, fundó el primer *Grupo Femenino Socialista*, en Bilbao, creando así un espacio exclusivo²² donde la mujer pudiera hablar y debatir con otras mujeres sobre los problemas que les preo-

2. VIRGINIA GONZÁLEZ, FUNDADORA DE LAS AGRUPACIONES FEMENINAS SOCIALISTAS

qué supusieron para el movimiento obrero desde su condición femenina, tanto a nivel de propuestas programáticas como a nivel simbólico.

19 Relato de Andrés Sabotit: *Apuntes históricos*. Citado en Moral, Marta del: “Virginia González Polo, el peligroso liderazgo de una guarnicionera de calzado”, en Fuente, María Jesús, y Ruiz, Rosario (eds.): *Mujeres peligrosas*, Madrid, Dykinson, 2019, p. 188.

20 *La Lucha de Clases*, 23-07-1904.

21 Moral, Marta del: “En los márgenes del poder, en primera línea de las manifestaciones obreras: la representación de la militancia femenina en el Partido Socialista (1906-1927)”, *Feminismos*, 16, 2010, p. 110.

22 González abogó por la separación de espacios y sexos, y de hecho, “se extrañó de que esta cuestión haya podido ser tema en las discusiones de tres Congresos, y defendió la subsistencia de los Grupos Femeninos, argumentando que todos los seres necesitan un ambiente adecuado para desenvolverse, y demostrando que las mujeres socialistas pueden prestar más servicios a la idea y al Partido en sus Grupos (Femeninos socialistas), que entremezcladas en las agrupaciones varoniles” *El Socialista*, 28-11-1918.

cupaban²³, y que se asentaba ideológicamente sobre la idea de que si bien la mujer había de luchar por su educación y por mejoras laborales, no debía descuidar a los hijos. En ese momento se afiliaron “más de 150 mujeres” y parece que tenían un gran entusiasmo, pues la nota de prensa refiere que cuando Virginia González lanzó su propuesta, “sus compañeras la interrumpieron frecuentemente con aplausos, y al final le tributaron una cariñosísima y entusiasta ovación”, al tiempo que se afirma que “la invasión del Centro Obrero todas las noches de conferencias por las mujeres, es síntoma que revela bien lo mucho que vamos ganando²⁴”. Esta agrupación y la propia Virginia, se posicionaron en torno a las cuestiones que entonces afectaban a la mujer dentro del movimiento obrero, como eran la maternidad, su papel dentro de la familia y dentro de la pareja y el trabajo, como vamos a ver a continuación.

La maternidad era una cuestión de suma importancia en la época. Las mujeres obreras muchas veces eran acusadas por los médicos de ignorancia y de mala praxis, responsabilizándolas de las altas tasas de mortalidad infantil -cifras “aterradoras”, según los médicos de la época²⁵- y problemas como desnutrición, apuntado fundamentalmente a la etapa del embarazo y puerperio como cruciales. No extraña que se hablara entonces en la prensa socialista de “hogares abandonados” y niños “tristes” a los que el capitalismo había “arrebatao la ternura de las madres²⁶”. Ante tal tesis, el asunto de la educación de las mujeres y las leyes laborales protectoras para esta etapa fue una de las soluciones más esgrimidas²⁷. Por ello, no extraña que al poco de fundar El Grupo Femenino Socialista, en 1904, Virginia escribiera la “protesta de una obrera” y afirmara la necesidad de que la mujer durante el embarazo no tuviera “que hacer ningún trabajo molesto²⁸”, o que en el Congreso de UGT de 1907, donde acudió como representante de la Sociedad de Zapateros de Bilbao “presentó una proposición encaminada a solicitar del Instituto de Reformas Sociales que discutieran la reforma del artículo 9º de la ley que regula el trabajo de las mujeres y los niños, en el sentido de ampliar el tiempo concedido antes y después del parto a la obrera que por esta causa se ve obligada a abandonar el taller”. Esta moción fue “aprobada por unanimidad por el Congreso de la Unión, y a ella dio también su aprobación el Instituto de Reformas Sociales, pasando después como proyecto de ley al Parlamento, que igualmente

23 Hidalgo, Sara: *Emociones obreras...*244-256.

24 *La Lucha de Clases*, 16-07-1904.

25 González Revilla, Gerardo: *La puericultura (el cuidado de los niños)*. Imprenta Provincial. Bilbao. 1902, p. 1.

26 *La Lucha de Clases*, 2 de julio 1904.

27 No extraña que las primeras leyes laborales en España estuvieran relacionadas con esta cuestión, la Ley de Trabajo de Mujeres y Niños, en 1900.

28 *La Lucha de Clases*, 23-07-1904.

emitió dictamen favorable, habiendo aparecido ya la reforma en la *Gaceta*²⁹. Ahora bien, la maternidad no terminaba con el alumbramiento, sino que se entendía que la mujer tenía que ocuparse del cuidado de los niños durante toda la infancia y también en este campo se posicionó Virginia, defendiendo la figura de la madre que velara por el bienestar de los retoños, espoleando el concepto de *amor maternal*. El significado de esta emoción había variado desde finales del XVIII, cuando se consideró un valor favorable para la sociedad³⁰, tanto por el liberalismo como por la medicina –gran aliada del primero-³¹, y había servido de paraguas justificador para que ellas permanecieran en casa al cuidado de la prole. Por ello, esta emoción precisamente es la que se excitaba a la hora de conseguir la movilización de las mujeres en el plano político en tanto que madres. Así se refirió a esto en 1916, con ocasión de la guerra de Marruecos: “todas las mujeres deben aprestarse a la defensa de sus hijos, para demostrar saben cumplir con sus deberes como madre (...). Excitó a las madres piensen en las terribles consecuencias de la guerra, aconsejando a éstas defiendan a sus hijos no consintiendo que les arrebaten éstos para llevarlos a sufrir las penalidades que la guerra lleva consigo (...), terminando por aconsejar procedan en el día de mañana jugándose el todo por el todo³²”.

Otro de los temas que afectaban a las mujeres del momento era precisamente su relación con el sexo opuesto, algo que influía directamente sobre cómo ellos intentaban integrar a ellas en la militancia. Aquí Virginia tuvo claro que una mujer socialista era la mejor fórmula para la emancipación de la clase, pues ellas apoyarían a sus maridos en la lucha. Una mujer-compañera de lucha, una mujer educada en el socialismo y una mujer creyente en este ideario: “la mujer buena, a la compañera del hombre, facultada y perfectamente capacitada para las grandes empresas del amor y del bien en la lucha social³³”. No era esta una cuestión menor y, de hecho, a medida que fue pasando el tiempo, el partido comenzó a dar mayor visibilidad al hecho de que las mujeres no solo no se acercaban a las casas del pueblo ni se afiliaban, sino que podían actuar como un efecto disuasorio para muchos hombres. No era

29 *La Lucha de Clases*, 12-01-1907.

30 “A fines del siglo XVIII el amor maternal aparece como un concepto nuevo. (...) la novedad respecto de los dos siglos anteriores reside en la exaltación del amor maternal como valor simultáneamente natural y social, favorable a la especie y a la sociedad” Badinter, Elisabeth, *¿Existe el amor maternal?* Paidós. Barcelona. 1981, p. 117.

31 El doctor Gerardo González Revilla, médico asiduo conferenciante en la agrupación femenina socialista, defendía la necesidad de lactancia materna y la ligaba a la aparición del sentimiento de amor maternal “con la leche y en corriente inversa, circula un efluvio misterioso y desconocido que despierta en la mujer (...), el amor más grande, el más puro, el más abnegado, el amor de madre, que sólo siente con viveza inmensa las madres que, además de serlo, crían a sus propios hijos” González Revilla, Gerardo: *La puericultura...*, p. 71.

32 *El Socialista*, 17 -12- 1916.

33 *El Socialista*, 6 -4-1914.

raro encontrar artículos que abordaran este tema, como este de 1911, en la revista *Vida Socialista*, integrado en una serie de artículos sobre la familia socialista, la pareja socialista o la mujer socialista, donde se subraya “la gran obra que las mujeres socialistas puedan realizar, haciendo un paraíso de nuestro hogar, seres conscientes de nuestros hijos, y siendo de los hombres ángel tutelar que nos animen en los momentos de decaimiento, si los hay, levantando nuestra fe o infundiéndonos entusiasmo para proseguir la lucha, consagrando nuestra existencia al triunfo del Socialismo”, pues de lo contrario, si el hombre socialista “tiene compañera que no lo sea, (...) encontrará en aquélla, las más de las veces, el instrumento inconsciente del capitalismo, que, en vez de consolarle en trances desesperados, le recriminará por seguir unas ideas que ocasionan disgustos, le echará en cara los céntimos, casi siempre arrancados al vicio, dedicados al cumplimiento de sus deberes en la organización obrera, y el supuesto bienestar perdido por no querer traicionar su conciencia socialista”. Para paliar esta situación se abogaba por la creación de las Agrupaciones Femeninas Socialistas –definida como “Escuela de esposas, escuela de madres, escuela de futuros maestros propagandistas del Socialismo³⁴”. Eso sí, tal y como se desprende de esta cita, la labor de estas mujeres socialistas sería siempre subsidiaria de la del hombre, un complemento para el fin último de la emancipación social, que sería la que traería todas las emancipaciones, incluida la de las mujeres.

El tema del trabajo femenino fue otro de los temas centrales del pensamiento de González y de debate en las agrupaciones femeninas. Ya se ha señalado el proceso de separación de sexos que se produjo durante la industrialización. González tenía claro que los bajos salarios que se pagaban a las mujeres constituían un filón de beneficio económico para la burguesía, y las convertían, a menudo sin quererlo pero también sin luchar contra ello, en una competencia desleal para los obreros: “la obrera viene a ser la concurrente terrible del obrero; la que envilece los salarios y le disputa el puesto en el taller; la que con su inconsciencia y apatía se niega a seguir la ruta emprendida por el hombre explotado, que lucha en sus sindicatos, organizaciones corporativas, en el Partido Socialista, por la abolición del actual régimen social³⁵”.

Podemos afirmar que Virginia González fue una figura femenina crucial dentro del primer movimiento socialista español, donde intentó poner el foco en la situación de inferioridad en que se encontraba la mujer proletaria y, aunque no planteó una lucha específica para la mujer, sino que supeditó su liberación a la liberación de clase, sí visibilizó la problemática específica de las mujeres al escribir sobre ella y proponer

34 Vigil Montoto, Manuel: “Mujeres socialistas”, *Vida Socialista* 65, 26 de marzo 1911.

35 Virginia González: A las obreras, Madrid, (s.f.). Citado en Nash, Mary: *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Anthropos, Barcelona, 1983, p. 310.

integrarlas en los organismos obreros. Además, convirtió a Bilbao en vanguardia de este partido, al fundar allí el primer Grupo Femenino Socialista, desde donde articuló sus propuestas de mejora de la vida de las obreras, eso sí, sin perder nunca la perspectiva de que la emancipación de clase vendría acompañada con la emancipación de la mujer—“hoy la mujer no tienen ningún derecho, en la nueva sociedad los tendrá todos”, escribía³⁶-, en línea con lo que se venía defendiendo de manera mayoritaria por parte del socialismo europeo de la época.

La figura de Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, difiere de la de Virginia González, excepto por el hecho de que también ella fue una mujer en un mundo, el de la política, dominado entonces por hombres. Su figura la vamos a poder estudiar de un modo un poco más pormenorizado dados los numerosos trabajos que existen sobre ella³⁷, y sobre todo nos vamos a detener en el simbolismo que ella tuvo para el movimiento comunista, como mujer, como madre y como símbolo de la resistencia al fascismo durante la Guerra Civil.

Nacida en 1895 en el pueblo minero de Gallarta, su primera experiencia fue la de una niña de la industrialización cuando los mineros de Triano padecían unas condiciones de vida difíciles y áridas, tal y como recordó en sus memorias. Su padre era carlista, y su madre una ferviente católica, lo que influyó en su primera toma de conciencia de la realidad, aunque pronto viró hacia el socialismo. No era extraño, pues esta cultura política había arraigado con fuerza en esa zona, y ella misma se casó con un minero socialista. Tuvieron seis hijos, aunque cuatro murieron, y pronto experimentó las dificultades que cualquier mujer encontraba para poder conciliar la vida familiar con otro tipo de actividades, en su caso la política, en la que iba destacando por su capacidad de oratoria, por su capacidad para movilizar fuertes emociones, y por sus escritos en la prensa obrera. El matrimonio además tenía sus desavenencias, y a medida que ella iba escalando puestos en el partido la situación se tornó más difícil, hasta que, en la República, cuando ella ya era una prominente líder, se divorciaron. Tras la Guerra Civil se exilió en la Unión Soviética, donde había enviado tiempo antes a sus dos hijos y donde siguió ostentando cargos orgánicos de primer orden.

3. DOLORES IBÁRRURI, *PASIONARIA*. LA REPRESENTACIÓN DEL INTERNACIONALISMO COMUNISTA

³⁶ *La Lucha de Clases*, 23-07-1904.

³⁷ En este trabajo no aportamos nuevos datos o nuevas perspectivas sobre su figura, que ha sido ampliamente estudiada por la historiografía, ni tampoco vamos a analizar su discurso o biografía, sino que vamos a dar algunas claves de cómo ella contribuyó a integrar a la mujer en el movimiento obrero, en su caso desde el comunismo. Algunas de las aportaciones: Lloña, Miren: “La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil” *Historia y Política*, 35, 2016, pp. 263-287; Avilés, Juan: *Pasionaria, escritos y discursos de Dolores Ibarruri*, Leioa, Universidad del País Vasco, 2022; Montalbán, Manuel: Dolores Ibárruri, la Pecadora, *Arenal*, 3: 2, 1996; Amorós, Mario: *No pasarán, biografía de Dolores Ibarruri, Pasionaria*, Madrid, Akal, 2001; Díaz, Diego: *Pasionaria. La vida inesperada de Dolores Ibarruri*, Hoja de Lata, Asturias, 2021.

Como se ha señalado, la carrera política de *Pasionaria* despuntó durante la Segunda República y la Guerra Civil, periodo al que vamos a prestar atención. Fue entonces cuando se convirtió en un símbolo internacional de la lucha antifascista, y encarnó las trasgresiones que entonces una mujer dedicada a la política pudiera encarnar, al tiempo que cultivó una “identidad femenina híbrida”, a caballo entre la imagen de mujer tradicional y mujer moderna. En este sentido, Ibárruri fue una mujer que si bien ella misma personificó la emancipación femenina (se separó de su marido, mandó a sus hijos a la URSS por no poder compaginar su trabajo en el partido con la crianza, y tuvo una fuertísima exposición en el espacio público), también es cierto que construyó su imagen de mujer sobre la base de la *madre* (madre coraje, madre sacrificada) y la *mujer del pueblo*, y no sobre los parámetros de *mujer moderna* que entonces estaban en boga, tal y como sostiene la historiadora Miren Llona³⁸. De hecho, los temas sobre los que más incidió fue la cuestión de la maternidad y las implicaciones del matrimonio para la mujer y todo lo relacionado con su situación en el mundo laboral, y no tanto en asuntos como la libertad sexual o el cuerpo de la mujer. Es cierto que Ibárruri siguió los postulados de la internacional comunista en su planteamiento sobre los asuntos de la mujer (la idea de que la emancipación social traería la emancipación femenina y que la inferioridad de la mujer venía dada no tanto por su condición femenina como por la de asalariada explotada), pero también es cierto que *Pasionaria* fue en ocasiones un verso original, como cuando mencionó la emancipación individual de la mujer o como cuando acusó a los camaradas varones de atribuir una inferioridad a la mujer y no hacer nada por integrarla en la lucha por la emancipación³⁹. Desde este andamiaje discursivo fue en torno al que ella elaboró sus propuestas y creó un lugar para las mujeres dentro del movimiento comunista, que durante la guerra civil fue la Agrupación de Mujeres Antifascistas.

Hemos señalado al inicio que la maternidad y el matrimonio era uno de los temas más debatidos por las mujeres del movimiento obrero y señalado como causa de opresión. El incipiente comunismo también tuvo que lidiar con este asunto y, de hecho, Clara Zetkin, ya mencionó lo que implicaba para la mujer el matrimonio o habló de las cuestiones sexuales. También se ha señalado algunos de los avances hechos en la Unión Soviética, eso sí, siempre con la visión de que la emancipación de clase traería la emancipación femenina. En este contexto, Ibárruri subrayaba los problemas que tenía que afrontar la mujer al casarse, cuando solía tener que dejar su trabajo extradoméstico, tal y como le ocurrió a ella, que se casó con apenas veinte años, “buscando la liberación del duro

38 Llona, Miren: “La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil” *Historia y Política*, 35, 2016, pp. 263-287, p. 265.

39 Nash, Mary: *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*, Barcelona, Fontamara, 1981, pp. 177-178.

trabajo en casas ajenas”. Pese a todo, Ibárruri reconocía que el trabajo que las mujeres habían desempeñado en el ámbito público, en concreto en las minas, “a pesar de todo lo brutal, era una solución”, pues “además de un salario, daba personalidad social a la mujer”. Criticaba además que ya no se ofertara este trabajo a las mujeres, y puso de manifiesto lo hipócrita de la medida: “se prescindió del trabajo femenino, adornando la disposición discriminatoria con hipócritas consideraciones sobre la madre, la mujer, la familia y el hogar. Se liberaba a la mujer del trabajo de la mina que “embrutecía” para convertirla en una esclava doméstica sin ningún derecho. En la mina, la mujer era un obrero, podía protestar contra explotación al lado de otros obreros, defender su personalidad como trabajadora. En el hogar, la mujer se despersonaliza⁴⁰”. Y es que la mujer de un minero había de asumir fuertes sacrificios personales para poder sacar adelante a la familia con un salario escaso y muchas bocas a las que alimentar. Si además el minero en cuestión era un activo militante político, los sacrificios se multiplicaban por lo prolongado de las huelgas (y sus días sin cobrar), las detenciones o su inclusión en las listas negras que les privaba de un trabajo. Para Ibárruri esta realidad desaparecería con el advenimiento de la nueva sociedad comunista, y para ello se necesitaba de la mujer comunista, movilizada políticamente: “la mujer no debe ser la hembra con la que se acuesta, no debe ser la mujer que le repasa los calcetines y tiene el cocido a tiempo. La mujer debe ser la compañera, debe ser la camarada que comparta con él las penas, las fatigas, los sinsabores y también las alegrías de la lucha”. Y no solamente era necesario que ellas se unieran a la lucha política sino que también tuvieran una independencia económica que les pudiera llevar a la realización personal: “que las mujeres se independicen económicamente, porque solamente en la medida que una mujer es capaz de ganar un salario, solamente en la medida que una mujer puede mirarle a la cara al hombre y decirle “yo no vivo de los céntimos que tú me das, sino que soy capaz de ganar el sustento por mí misma”, en esa misma medida la mujer va a ser emancipada⁴¹”.

La cuestión de la maternidad también fue otro tema fundamental en su vida y en su discurso político. Ella misma se refirió en muchas ocasiones a los problemas para conciliar su labor como madre con su activismo político –recordaba en sus memorias cómo dormía a sus niños temprano y los dejaba solos en casa para poder acudir a las reuniones, y cómo en una ocasión dejó a su hijo durmiendo en un cuarto contiguo al de la reunión en la Casa del Pueblo, y al ir a buscarlo éste había desaparecido, encontrándolo después de haber buscado por todo el pueblo,

40 Ibárruri, Dolores: *Memorias de Dolores Ibárruri, Pasionaria. La lucha y la vida*, Barcelona, Planeta, 1985, p. 84-85.

41 “A defender por encima y a consolidar el Frente Popular”, discurso en la Conferencia Provincial del PCE de Madrid, Mundo Obrero, 7 de enero de 1938, en Avilés, Juan: *Pasionaria...*, p. 174.

en unas gradas escondido y dormido, pero habiendo pasado ella tanta angustia que “apenas podía tenerme en pie⁴²”. La muerte de cuatro de sus seis hijos también le marcó hondamente, y ella siempre lo achacó a la miseria y falta de recursos (recursos alimenticios en condiciones, medicinas, asistencia médica...): “cuánto dolor, cuánta amargura, cuánta desesperación hay en el corazón de las madres, que no pueden alimentar a sus hijos, que no pueden salvarlos cuando enferman, que los ven morir porque no tienen dinero para pagar al médico, ni comprar medicinas”, escribe ella en sus memorias tras aludir a la muerte de su hija Esther solo tres meses antes⁴³, una experiencia compartida por muchas mujeres obreras de la época y a través de la cual se construía un hilo de empatía y compañerismo. En cuanto al uso político del concepto “madre”, ésta fue una proclama en sus discursos a la hora de apelar a la movilización femenina, en sintonía con las proclamas del movimiento obrero que hacían de la madre una pieza fundamental en la movilización. Así por ejemplo, con un “mujeres, madres” se dirigía a ellas para pedirles el voto para el Frente Popular en 1936, y se apelaba a aquellos que de ello dependían “por vuestros hermanos, por vuestros maridos, por vuestros hijos, por vosotras mismas, por la causa del progreso, votad al Bloque Popular⁴⁴”. Ya durante la Guerra Civil, Ibarruri ahondó en esta imagen de madre y, de hecho, se autoreivindicó como “madre de todos los heroicos combatientes⁴⁵”, de todos los antifascistas, convirtiendo así a “la imagen de la madre combativa, heroína de la retaguardia (...) en el modelo hegemónico a imitar por las mujeres de la España republicana”, en detrimento de esas milicianas que se habían alistado para luchar en el frente en los primeros meses de la guerra y a las que la propia Ibarruri recomendó volver a la retaguardia⁴⁶.

La cuestión del trabajo femenino era también un importante tema de debate en el movimiento comunista, y de hecho este fue el terreno donde más incidieron cuando aludían a la cuestión femenina, eso sí, interpretando “la condición social de la mujer a partir de su posición en las relaciones sociales de producción” y aludiendo al hecho de que ellas percibían salarios más bajos, constituyendo una competencia desleal para los hombres, y no prestando atención a las dobles jornadas que ellas tenían, fuera y dentro del hogar⁴⁷. Ibarruri se alineaba con esta visión, al afirmar que la mujer “desplaza al hombre en la producción”,

42 Ibarruri, Dolores: *Memorias de...* p. 113.

43 Ibarruri, Dolores: *Memorias de...* p. 104.

44 Ibarruri: “Mujeres de España, de Cataluña, de Euzkadi”, *Mundo Obrero*, 31 enero 1936. Citado en Avilés, Juan: *Pasionaria...*, p. 139.

45 Citado en Díaz, Diego: *Pasionaria...*, p. 110.

46 Díaz, Diego: *Pasionaria...* p. 111. Nash, Mary: Rojas. *Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999, p. 159.

47 Nash, Mary: *Mujer y movimiento ...* p. 181.

lo que las convertía en una ayuda para la supervivencia del capitalismo, pues con su trabajo y bajos salarios, engordarían los beneficios de la burguesía.

Asimismo, Ibárruri cargaba contra la cultura masculina del partido comunista, criticando que ellos se hacían llamar comunistas mientras defendían o normalizaban que su mujer no participara en política bajo el argumento de “mi mujer no entiende, mi mujer no sabe, mi mujer tiene muchos hijos⁴⁸”, en un hilo argumental de inferioridad intelectual de la mujer y obligación de la maternidad común al movimiento obrero marxista. Además, criticaba que a menudo las dinámicas del partido no fueran favorables a que las mujeres pudieran ser activas en él, por no poder conciliar el activismo con la vida doméstica (reuniones a horas muy tardías que no permitían la conciliación, por ejemplo); o criticaba el “donjuanismo” de algunos camaradas para con esas mujeres, lo que hacía que ellas dejaran de asistir. La reprobación a la falta de colaboración de los hombres por integrar a las mujeres en la lucha comunista fue una de las originalidades de su discurso, y apelaba a un cambio de actitud: “tenemos que empezar por conquistar nuestros hogares (...) y al mismo tiempo tenemos que extender nuestras actividades a los lugares de trabajo y a los sindicatos. En los lugares de trabajo es necesario que allá donde hay un comunista sea éste el más abnegado defensor de las reivindicaciones femeninas, popularizando nuestra consigna de “a igual trabajo, idéntico salario”⁴⁹. Además, para atraer a las mujeres al partido, propuso “la creación de las células de mujeres⁵⁰”, donde ellas pudieran expresarse y debatir.

Por otra parte, Ibárruri, convertida en *Pasionaria*, fue una figura con una enorme proyección internacional, encarnando como pocos la resistencia antifascista durante los años de la guerra, algo insólito para una mujer de esa época. Su ascenso al liderazgo comunista se produjo durante los años finales de la Segunda República. Tras la revolución de 1934 y la represión y encarcelación de miles de mineros, cruzó a pie los Pirineos para participar en París en un mitin en defensa de los obreros asturianos. Ahí comenzó su mito, pues en 1936 fue elegida diputada por Asturias, y su primer acto como tal fue ir a las cárceles asturianas y sacar a los mineros encarcelados. *Pasionaria* ya era un mito, una heroína de la izquierda, y lo siguió siendo durante la Guerra Civil que estalló al poco tiempo. En Madrid pronunció su famosa proclama

48 “A defender por encima y a consolidar el Frente Popular”, discurso en la Conferencia Provincial del PCE de Madrid, Mundo Obrero, 7 de enero de 1938, en Avilés, Juan: *Pasionaria...*, p. 174.

49 Informe de la camarada Pasionaria sobre el trabajo de las mujeres, *Mundo Obrero*, 15 abril 1933, en Avilés, Juan: *Pasionaria...*, p. 130 y 132.

50 “A defender por encima y a consolidar el Frente Popular”, discurso en la Conferencia Provincial del PCE de Madrid, Mundo Obrero, 7 de enero de 1938, en Avilés, Juan: *Pasionaria...*, p. 172.

“No pasarán”, que se convirtió en símbolo del antifascismo europeo. *Pasionaria* era ya una figura femenina con un fuerte poder simbólico, un referente de la resistencia y una política de primer orden, algo poco común incluso en las filas comunistas. En cualquier caso, también fue la encarnación de las fuertes contradicciones que encaraba el movimiento comunista en relación a la cuestión femenina, pues asuntos como la “reforma sexual” —defendida por los anarquistas— o la citada apuesta por el trabajo de la mujer en retaguardia en vez de en el frente muestran que aunque Ibárruri abordó las problemáticas específicas de las mujeres, siempre las supeditó a la lucha de clases y nunca propuso una lucha específica feminista, haciéndose eco por tanto de la cultura masculina imperante entonces en esta cultura política.

4. CONCLUSIONES

El encaje de la problemática de las mujeres obreras dentro del movimiento obrero fue difícil desde los inicios de este último. La contradicción clase-género estuvo presente desde el mismo momento en que aparecieron las internacionales, pues se temía que una lucha de sexos pudiera ir en detrimento de la lucha de clases, considerada la prioridad por el marxismo. El movimiento obrero vasco no fue ajeno a esta realidad, y tanto el socialismo como el comunismo no avanzaron por la senda de las reivindicaciones femeninas, a lo que se sumaba que ambas eran unas culturas políticas muy masculinizadas, por lo que el rol de las mujeres en ambos partidos fue casi siempre marginal. Por eso las figuras de Virginia González y Dolores Ibárruri constituyen unas excepciones que sirvieron para visibilizar la especificidad de la opresión de la mujer obrera, aunque se hiciera siempre dentro de las directrices de los partidos. Con el paso del tiempo, en los años treinta, se avanzó algo en la integración de la mujer en la actividad política, pero no fue hasta bastantes décadas después, prácticamente en los años setenta, cuando ellas se incorporaron a esta actividad en calidad de iguales que sus compañeros varones. Un fenómeno que probablemente habría sido diferente sin el trabajo pionero de Virginia González y Dolores Ibárruri.

BIBLIOGRAFÍA

Amorós, Mario: *No pasarán, biografía de Dolores Ibarruri, Pasionaria*, Madrid, Akal, 2001.

Arbaiza Vilallonga, Mercedes: “La “cuestión social” como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1930)” *Historia Contemporánea*, 21, (2000)

Aresti, Nerea: *médicos, donjuanes y mujeres modernas. Los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*. Leioa, Universidad del País Vasco, 2001

Avilés, Juan: *Pasionaria, escritos y discursos de Dolores Ibarruri*, Leioa, Universidad del País Vasco, 2022

Badinter, Elisabeth: *¿Existe el amor maternal?* Paidós. Barcelona. 1981

Castillo, Santiago: *Reformas Sociales. Información oral y escrita*, Tomo I. Madrid, Centro de Publicaciones Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985

Díaz, Diego: *Pasionaria. La vida inesperada de Dolores Ibarruri*, Hoja de Lata, Asturias

Eley, Geoff: *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa. 1850-2000*. Crítica. Barcelona. 2003

Fusi, Juan Pablo: *Política obrera en el País Vasco, 1880-1923*, Madrid, Turner, 1975

González Revilla, Gerardo: *La puericultura (el cuidado de los niños)*. Imprenta Provincial. Bilbao. 1902

Hidalgo García de Orellán, Sara: “The roots of the 1909 republican-socialist Alliance. Changes in the class emotional regime in Biscay”, *Revista de Estudios Sociales*, 62, 2017.

Hidalgo García de Orellán, Sara: *Emociones obreras, política socialista. movimiento obrero vizcaíno, 1886-1915*, Madrid, Tecnos, 2018.

Ibárruri, Dolores: *Memorias de Dolores Ibárruri, Pasionaria. La lucha y la vida*, Barcelona, Planeta, 1985

Krilova, Anna: *Soviet Women in Combat. A history of violence on the Eastern Front*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010.

Llona, Miren: “Género e identidad de clase. La construcción de la clase obrera vizcaína durante el primer tercio del siglo XX”, *Historia Social*, 54, 2006.

Llona, Miren: “La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil” *Historia y Política*, 35, 2016, pp. 263-287;

Miguel, Ana de: “La articulación del feminismo y el socialismo. El conflicto clase-género”, en Miguel, Ana de y Amorós, Celia (coords.): *Teo-*

- ría feminista. De la Ilustración al Segundo Sexo*, Madrid, Minera, 2010
- Miralles, Ricardo: “La gran huelga minera de 1890. En los orígenes del movimiento obrero en el País Vasco, *Historia Contemporánea*, 3, (1990)
- Montalbán, Manuel: “Dolores Ibárruri, la Pecadora”, *Arenal*, 3: 2, 1996;
- Moral, Marta del: “En los márgenes del poder, en primera línea de las manifestaciones obreras: la representación de la militancia femenina en el Partido Socialista (1906-1927)”, *Feminismos*, 16, 2010
- Moral, Marta del: “Virginia González Polo, el peligroso liderazgo de una guarnicionera de calzado”, en Fuente, María Jesús, y Ruíz, Rosario (eds.): *Mujeres peligrosas*, Madrid, Dykinson, 2019
- Nash, Mary: *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*, Barcelona, Fontamara, 1981
- Nash, Mary: *Mujer, familia y trabajo en España, 1875-1936*, Anthropos, Barcelona, 1983
- Nash, Mary: Rojas. *Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, 1999
- Pérez-Fuentes, Pilar: “*Ganadores de pan*” y “*amas de casa*”. *Otra mirada sobre la industrialización vasca*. Leioa, Universidad del País Vasco, 2004.
- Scott, Joan: “Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera” *Historia Social*, 4 (1989).